

Tarde

Estaba corriendo como no he corrido en mi vida, ahora mismo ni Usain Bolt me gan*aghg*... Me he tragado un mosquito, esto me pasa por ir narrando mientras corro.

Pongámonos en contexto: he terminado las vacaciones, mi afán por dormirme a las 4am para despertarme a las 17pm sigue firme cual roble y por su culpa (más bien mía) llego tarde a clase. Pero tranquilos, solo vivo a un cuarto de hora del instituto, si entro a las 8:30 y ahora a las 8:23 estoy saliendo de mi casa llego de sobra... Eso dije antes de que en el paso de peatones un camión enganchara mi mochila en el retrovisor y salir desplazada con él.

Bueno, no creo que vaya a pasar nada por llegar 5 minutos tarde, soy una gran alumna con un gran expediente, grandes notas... Vale, acabo de ver un cartel que dice que vamos en dirección al aeropuerto.

Pero pase lo que pase no me voy a rendir. No pienso preguntarme el por qué nadie ha hecho nada mientras veía a una adolescente enganchada al retrovisor de un camión en plena calle en todo el camino al aeropuerto, o por qué el propio conductor no se ha dado cuenta, tengo que centrarme en bajarme de aquí y- Oh Dios mío, ¿eso es un pulpo gigante haciendo aterrizar el avión desde fuera?

En fin, debería ir dándolo por perdido, son ya las ¿¡8:24!>? ¿¡Sólo ha pasado un minuto!?

Vale, pongámonos serios, aún llegamos a tiempo.

Usé mis habilidades de viuda negra para saltar del retrovisor al aparcamiento del aeropuerto, me puse los cascos y empecé a correr mientras todo alrededor mío se ralentizaba como en X-Men... Vale, es mentira pero quedaba mejor decir eso a decir que robé un coche. Aunque el karma fue más rápido y el coche se quedó sin gasolina antes de siquiera entrar a la autopista.

No llego.

¡No! Optimismo, ante todo.

Miré a mi alrededor y no vi más que una motocicleta en perfecto estado y una gallina andando por ahí.

Está de más decir que escogí la gallina, es decir, las gallinas son seres místicos y mágicos, todos lo saben.

Con su velocidad ultrasónica conseguimos llegar a mi instituto en menos de un cacareo suyo, pero estaba cerrado.

Y hasta que no vi el cartel en la puerta no me acordé que las clases empezaban mañana.

La vida, aquí y allá

- Ahora, don Pedro, vamos a tomarlo todo. Hoy está muy rico, han traído unos plátanos de Canarias como a usted le gustan, maduritos.

El hombre, que parece ausente, mastica despacio, sin mirarla.

- Y también hay unas fresas estupendas. Y zumo de naranja dulce, dulce. Nos tenemos que alimentar bien para reponernos cuanto antes. Así, muy bien, masticando despacio. Iryna le seca la barbilla y espera a que trague.

De fondo, la música que Sara escucha en su habitación, y la televisión del salón, en la que Mercedes ve una serie mientras se pinta las uñas de los pies.

- Mamá no tengo nada para la fiesta. ¡Tenemos que ir de compras ya!

- Pero ¿qué dices? Si te gastaste toda la paga del mes en ropa la semana pasada.

- Pues no hay nada que me sirva para mañana. ¡Mamá, por favor, tenemos que salir!

- ¿Y por qué no te pruebas el vestido de la graduación? Es ideal. Además, estoy agotada, he tenido que enseñar tres pisos.

- ¡Mamá!

Iryna limpia la boca de don Pedro, le acaricia la mejilla, le retira la servilleta y le da un beso.

- Muy bien. Recojo un poquito la cocina y nos vamos al dormitorio, no tardo.

Iryna oye el aviso de wasap, que lee al terminar. Lloro de espaldas a don Pedro, ajeno a todo. Por fin, se seca el rostro, se gira y sonríe.

- Vamos a descansar, don Pedro.

Mercedes oye chirriar la silla de ruedas de su padre.

- Iryna, ven un momento. Dile a Sara cómo le queda el vestido, que me tiene harta hoy.

Iryna entra al salón con don Pedro.

- Estás muy guapa, Sara, es muy bonito ese vestido.

- ¡Pero si me queda ancho! Y, además, la cremallera está medio descosida.

- Yo te lo puedo arreglar.

- ¿Lo ves? Te digo que te queda bien.

- ¡No insistas! No me lo voy a poner.

Vuelve a sonar el móvil de Iryna, que se apresura a leer el wasap. Se le escapan las lágrimas. Mercedes lo ve.

- Iryna, ¿te ocurre algo?

- No, a mí no, señora.

Sara va hacia ella y la toma del brazo.

- Iryna, ¿qué te pasa?

- Es mi familia...de Kiev.

Sara la suelta como si quemara y mira a su madre. Iryna sale empujando la silla de don Pedro.

Luz D. Montero Espuela

Marcescente

Hoja,... posiblemente,... una de las entradas de nuestro diccionario con más acepciones.

Existen paralelismos entre la vida y la naturaleza, que siempre nos da lecciones que no esperamos encontrar. Centrémonos y prosigamos entonces.

La hoja perenne es ese amor que nunca se pierde, aunque no se cuente, así no sea el que más te haya hecho feliz ni el que más te hiciese disfrutar. Te acordarás de tu primer amor, ¿verdad?, porque tú tuviste ese amor, platónico quizás, el cual no olvidarás, y jamás se irá,... y que, a lo mejor, solo tú conoces. Incluso, es posible que el destinatario de tal hermosa afección ni tan siquiera (re)conociese tu sentimiento, tan intenso y profundo como el color de esa hoja verde, siempreverde, tan robusto y fuerte como aquella pasión que siempre sentiste por la primera persona que te hizo vibrar, soñar...; amor enraizado, enroscado a ti como esas coníferas, cupresáceas o arizónicas en sí mismas, así como ella o él lo está y estará siempre a tu corazón.

Las hojas caducas son esos amores con principio y fin,... pálidos, flojos, endebles, enfermizos, que cualquier viento de otoño derrumba,... relaciones, a menudo, con plagas, que tienen fecha de caducidad, a veces, antes de iniciarse aunque no queramos verlo; romances ‘deciduos’ que tarde o temprano, como el propio término indica, caen,... mueren...

Sin embargo, dentro de las caducas tenemos las marcescentes. “¿Cómo? ¿Qué es eso?”, te preguntarás... Yo así me lo pregunté. “Marcés... ¿¿¿qué???” Sí. Marcescente. Aquellas que no todas caen del árbol cuando llega el otoño y el invierno, como el roble melojo o el haya. Pero, entonces, ¿qué es la marcescencia? Proviene del latín marcescens, -entis, ‘que se marchita’ y, cierto,... te diste cuenta,... hay veces que se tienen sentimientos, amores que se marchitan y que intentan renacer,... pero, generalmente, como sabrás, esos terminan por decaer. En cambio, el ejemplo más bonito para explicar la marcescencia es el de una madre a sus hijos.

La hoja verde y joven va envejeciendo, adoptando las características propias de la época otoñal, soportando tormentas, lluvias, vientos y problemas, preparando el hogar para sus descendientes durante el otoño y el invierno. Únicamente, cuando ve a sus ‘hojas’ crecer, en primavera, sinónimo de vida, sensibilidad y esperanza, abandona la rama, formando parte del sustrato que dará alimento a su prole.

Merece la pena ser marcescente para salvaguardar la vida de tus seres queridos, ¿no crees?

Recordándote

*Notando aún tu fragancia
con la pasión que he sentido.*

Esperanza.

*Amándote en la distancia
como a un gran amor prohibido.*

Añoranza.

*Muestras Arte en tu prestancia
lienzo tuyo me he sentido.*

Con templanza.

*Anhelos de ti en mi estancia
que pudiendo ser, no han sido.*

Remembranza.

Domingo Alberto Alvaredo Castro

Y brilló el Sol dos veces en Hiroshima

Imagine un amanecer cualquiera, sobre una ciudad cualquiera, y de repente un resplandor, como de un flash fotográfico, esto es, lo que ve un observador a cierta distancia.

A continuación, un viento huracanado y una sensación de calor indescriptible (los habitantes más cercanos, ya no tienen esa sensación, han sido volatilizados, han pasado de la existencia, a la nada, en cuestión de milésimas de segundo).

¡Cuántas almas, se están reuniendo, en esos momentos para averiguar lo que les ha pasado!

Al resto de los aún mortales, pero por poco tiempo, les devorará una bola incineradora, con mayor temperatura que la superficie del Sol.

Y los que aún se resisten a morir, serán masacrados por una metralla de cristales y escombros, que viajan a varias veces la velocidad del sonido.

Para los supervivientes, que se crean afortunados pronto se darán cuenta, que habían tenido mayor fortuna, si hubieran sucumbido durante los primeros instantes, pues la radiación los atormentará, durante una larga agonía, hasta su muerte.

Esta es la situación de una población civil atacada por una bomba atómica de “juguete” llamada *Little Boy*, en la ciudad de Hiroshima.

Ahora imagínese esta situación, en el lugar en el que usted reside, ¿qué puesto le gustaría tener; ser de los primeros, de los segundos, terceros o de los últimos? La radiación llega y se queda; tierras de cultivo, agua, todo, incluso lo que no se imagina, queda inservible, por siglos incluso, por milenios.

El ángel exterminador, esta vez se ha esforzado y no deja rastro de una civilización, que se le antoja “inmadura”, quizá perversa, pero a este calificativo, le concede el beneficio de la duda, por su consecuencia, del calificativo entrecomillado.

Otro ángel más compasivo, contempla, con horror, lo ocurrido, más no culpará al armamento nuclear del holocausto, sino culpará a aquellos, que sabiendo, lo que hace esa tecnología de destrucción universal, han elegido inconscientemente, pero voluntariamente y mucho odio utilizarla contra sus semejante.

....Y entonces sentencia...:

“Definitivamente era una especie inmadura, que se autodenominaba absurdamente *Homo sapiens*”

De almas y encuentros

*Cada paso recorrido me lleva lejos,
más allá de lo imaginado en un destino,
viajando con mano extendida fuerte en naturaleza,
con ojos abiertos para no perder nunca,
sus miradas y ausencias perdidas con norte.*

*Cada sueño urdido me lleva cerca,
más aquí de lo pensado en objetivo,
surcando las olas con solidaria entrega,
con pecho acaudalado mi pequeña fortuna,
sus respiraciones y presencias*

encontradas en lugar.

Cada voz en desierto del que huye por miedo y penuria.

Cada llanto sin eco denunciando un grito de maltrato.

Cada latido mudo sin porqué de su vacío de quién no tiene techo.

Cada verdad a quien el tiempo y su arruga le dejó solo y aislado.

Cada alma herida encontrando su cura,

si quién está a su lado es voluntariedad y amor en singladura.

Cada paso, sueño me lleva y nos lleva,

a donde ellos nos quieran y vayan a encontrar....

A su lado!!!.

Recuerdo el día de mi décimo cumpleaños

Recuerdo el día de mi décimo cumpleaños. Todo mi ser se encontraba expectante de recibir un prometedor regalo en las próximas horas. Mi familia estaba presente para ser cómplice de la entrega de tan esperada dádiva. Cuando me acercaron el regalo, mi nerviosismo se hizo patente, dejando claro que retirar su envoltorio no era una tarea fácil. De pronto, semblantes risueños y jocosos inundaban a los presentes, que esperaban de mi una reacción. Pero..., ¿qué tenía de especial aquella caja? Fue mi madre la que tuvo que acercarse a darme una explicación. —Cariño, esto es una caja de los deseos, y puede concederte cualquier cosa que desees. Simplemente debes abrirla cuando pidas un deseo, y éste se cumplirá. Ahora bien, no todo iba a ser tan bonito, pues cada deseo que pidas tendrá una consecuencia inevitable: aleatoriamente, una persona que vive en este mundo quedará encerrada en la caja para siempre—. Los siguientes días fueron espléndidos. Deseos y deseos fueron formulados uno tras otro, cumpliéndose todos sin excepción. Pronto, comencé a notar los alaridos de los prisioneros que empezaban a acumularse dentro de la caja, pero ello no generaba en mí malestar alguno. De repente, tras formular uno de mis deseos, escuché una nueva voz en la caja que me resultaba familiar. Era la voz de mi madre. Tras abrir la caja y verla allí dentro junto a las demás personas, comencé a desesperarme, y entré en una brutal depresión. Decepcionado enormemente con la caja, decidí regalársela a algún desconocido. Marché de casa, y cuando me encontraba en una de las avenidas principales de la ciudad, distinguí a una persona recostada sobre la acera. Se trataba de un mendigo cuya pobreza era muy notable, por lo que me decidí a darle a él la caja, una vez le hube explicado su funcionamiento. Fue al regresar a casa cuando algo sumamente extraño había ocurrido: ¡mi madre se encontraba en su dormitorio! Rápidamente, me dirigí hacia el lugar donde encontré al mendigo, y pude percatarme de que ya no se encontraba allí. En cambio, tras revisar los hatillos del vagabundo, discerní la caja entre ellos. Fue indescriptible la sensación que inundó mi alma cuando advertí que dentro de la caja solamente se encontraba aquel mendigo. Entre sollozos, comprendí que a cambio de salvar a todos los prisioneros, aquel hombre había cedido lo único que le quedaba, su libertad.

La viajera

Dos veces llegaba la viajera cada día a la plaza del pueblo, a primera hora de la mañana y a primera hora de la tarde.

Sólo unos pocos pasajeros solían esperarla, vestidos de domingo, expectantes y nerviosos. La imagen que recuerdo es de hombres que fumaban y apagaban sus cigarrillos con la puntera del zapato, de mujeres que sujetaban a niños pequeños y cargaban grandes bolsas y cestas. Entonces salir fuera del pueblo era una aventura que no se repetía muy a menudo.

Eran finales de los sesenta y principios de los setenta y yo tenía sentimientos muy diferentes según la hora a la que viajara. A primera hora de la mañana iba al internado, después de haber pasado las vacaciones en casa. El olor a tabaco rancio mezclado con el de combustible y la tristeza de dejar mi hogar me revolvió las tripas. Llevaba una hoja de perejil en el ombligo sujeta con un esparadrapo, una piedra pequeña de río en la mano o una nuez en el bolsillo; esos y otros remedios me habían asegurado vecinas, monjas y familiares que evitaban el mareo. Tengo que decir que, para mi desgracia, nunca me funcionaron.

El autobús (la viajera) de la tarde significaba algo más emocionante. Mi hermana, mi madre y yo viajábamos dos veces al año a comprar ropa a un pueblo cercano; donde todos los vecinos íbamos a abastecernos. Podíamos escoger una o dos prendas por temporada, había que elegir bien porque no era fácil volver a viajar para devolverla y además ese sería nuestro vestido para ir a misa los domingos y luego salir de paseo.

En la tarde también íbamos a ver a mi tío al pueblo donde nacimos. Le recuerdo esperándonos en la parada con su cigarrillo en la boca, un hombre grande y tierno, serio, el mayor de los hermanos; el que había estado en la guerra, de la que nunca hablaba. Íbamos a su casa donde retrasaban la comida para comer con nosotros; siempre arroz con liebre, un plato especial que yo detestaba.

Otras veces esperábamos en la parada del pueblo, era un acontecimiento agradable cuando la familia venía a casa, no muy frecuente y por eso muy deseado. Nuestra rutina se alteraba, además siempre nos traían alguna golosina.

Una de esas veces llegaba la abuela a vernos, viajaba trayendo en sus brazos un precioso ramo de azucenas, que ella misma cultivaba al lado del brocal del pozo. Ese día la viajera atropelló a un niño, murió... Desde entonces no me gustan las azucenas.